



*Más allá del pensamiento único: hacia un
nuevo discurso de izquierdas*

*Fernando Vallespín Oña
Catedrático de Ciencia Política de la Universidad Autónoma de Madrid*



Quisiera empezar agradeciendo mucho la invitación a este acto. Me encanta el tema, aunque, me temo, no tendré ninguna respuesta. No la tenemos nadie, por desgracia. No sabemos construir un nuevo discurso de izquierda y trataré de explicar por qué es tan difícil construir hoy un discurso de izquierdas.

Es mucho lo que hay que decir sobre el mundo en el que vivimos y en especial sobre las respuestas que hay que dar a algunos de los desafíos que tenemos planteados. Hoy nos hemos dado cuenta de que era mentira que habíamos llegado al fin de las ideologías. Yo creo que la mejor manera de definir el momento en el que estamos es señalando que las ideologías siguen siendo mapas que nos permiten orientarnos en el mundo de la política, que generalmente se vinculan además, como es el caso de la izquierda, a criterios identitarios. Las personas de izquierdas no solamente sostienen algunos valores o tienen algún criterio respecto a la realidad, sino que son personas que se sienten de izquierdas, es decir, hay un *ethos* de izquierdas que está claramente presente en todas las personas de izquierdas.

El problema reside en ver cómo podemos transformar ese *ethos* bajo unas condiciones que están radicalmente transformadas. La izquierda en las últimas décadas ha conducido con el espejo retrovisor, por utilizar una metáfora. Siempre ha tratado de identificarse a sí misma con su propia tradición, y por tanto ha tendido a no ver cómo iban transformándose las condiciones sociales, la base estructural que condiciona el mundo de la vida social. Sencillamente confió en exceso en algunos de

los presupuestos que le dieron origen. En particular confió en el pensamiento de la Ilustración y también en un tipo de percepciones políticas que tienen su origen en los problemas del industrialismo, cuando el industrialismo ha entrado en crisis y todo el ideario de la Ilustración, o por lo menos ese que le caracterizaba a partir de un criterio tremendamente optimista basado en la idea de que el hombre puede controlar su destino, que el hombre tiene la capacidad de transformar la sociedad de la que vive del mismo modo en que puede transformar la naturaleza sobre la que opera. Esta idea tenemos que replanteárnosla igual que tenemos que replantearnos muchas otras situaciones, muchas otras evaluaciones que hemos hecho tradicionalmente de la realidad social. Tenemos que asumir que ha habido un corte drástico en la conceptualización de las ideologías políticas provocado por el colapso del sistema socialista, de eso que se llamaba el socialismo de estado, por un lado, pero también por lo que se ha llamado el fin del industrialismo clásico y por el cansancio del optimismo ilustrado. Y esto ocurre además en unos momentos en los que nos encontramos ante una nueva situación de menesterosidad social galopante que exige más que nunca una respuesta de izquierdas.

Un sociólogo polaco-británico que se llama Zygmunt Baumann calificaba la situación como de vulnerabilidad mutuamente asegurada. Vamos a la idea de la destrucción mutuamente asegurada propia de la Guerra Fría. En el interior de las sociedades la percepción de la vulnerabilidad es prácticamente inevitable. Seguía diciendo Baumann que los derechos económicos están fuera del alcance del estado. Los derechos políticos están reducidos al pensamiento único de mercados desregulados de estilo neoliberal. Y los derechos sociales son reemplazados por el deber individual de velar por sí mismos, el deber individual de las personas de velar por su propia subsistencia.

Otro sociólogo alemán muy conocido porque escribe mucho sobre globalización, sobre sociedad del riesgo, que se llama Ulrich Beck decía que hoy lo que existe es una búsqueda de soluciones biográficas para problemas compartidos. Reduciendo esto a una única fórmula se puede decir que el pro-

blema es que hoy hemos perdido el sentido de una misión colectiva. Es decir, que la mayoría de los problemas que percibíamos como problemas colectivos, como problemas que competían al cuerpo social, que necesitaban por tanto una solución política, están transformándose en problemas que tienen que resolver los individuos por sí mismos. Esa idea de que es a los individuos a los que compete resolver los problemas de seguridad, resolver los problemas sanitarios, de tipo educativo, y así sucesivamente. Yo creo que es la pauta que marca nuestro tiempo y que es exactamente la pauta que no le gusta a un discurso de izquierdas.

Voy a hacer una breve descripción de cuales son las transformaciones que han dado origen a esta nueva sociedad que podemos llamar postmoderna. En segundo lugar quiero presentar cuáles han sido las respuestas que se han dado a esta situación desde la nueva izquierda socialista, eso que se caracteriza como la Tercera Vía, aunque hay muchas terceras vías, no solamente la de Tony Blair. Para acabar intentaré hacer una crítica de estas respuestas y trataré de señalar el lugar en el que hoy nos encontramos y ver si es posible o no una respuesta de izquierdas, así como cuales serían en su caso las prioridades que tenemos que asumir a este respecto.

Vamos a entrar en el cambio de las condiciones objetivas. Me he atrevido a llamar sociedad moderna a la nueva sociedad en que la vivimos. Hay cuatro grandes elementos de cambio. Algunos de ellos están muy vinculados unos con otros, evidentemente, al mundo de la sociedad y por eso es difícil el análisis social. Es decir: todo condiciona todo y no podemos aislar las diferentes variables que se suman a la hora de producir un determinado efecto, pero de alguna manera tenemos que explicar el mundo en el que estamos.

En esta sociedad moderna ha habido una transformación importantísima del capitalismo de corte fordista, de producción de masas, de producción centralizada a un nuevo tipo de capitalismo de producción crecientemente descentralizada. Esto lo conocen ustedes muy bien en Asturias. De tener sindicatos fuertes, hemos pasado a un debilitamiento de los sindicatos.

Hemos pasado de un modelo de sociedad del trabajo en la cual lo importante era el trabajo familiar predominantemente masculino, a una situación en la cual la mujer se ha incorporado plenamente al proceso productivo. Y hemos pasado al mismo tiempo de una sociedad industrial con tecnologías manufactureras de la Segunda Revolución Industrial a una sociedad del conocimiento donde imperan las tecnologías de la información de la Tercera Revolución Industrial.

Cuando hablamos de una sociedad del conocimiento tenemos que introducir un rasgo que es fundamental de esta sociedad. La sociedad del conocimiento se caracteriza fundamentalmente porque el tipo de conocimiento experto es el factor de producción absolutamente decisivo, infinitamente más importante que otros que tradicionalmente también eran importantísimos como podía ser el trabajo o el capital. El trabajo está perdiendo crecientemente importancia en esta sociedad a favor del conocimiento. Esto tiene consecuencias espectaculares. Es lo que significa o significó en su momento el hecho de que el porcentaje de la población activa del sector primario pasara de ser una media del 30 por ciento al 3 o 2 por ciento, como es actualmente. Hoy el 2 por ciento dedicado al sector primario produce más que producía ese 30 por ciento. El 16 por ciento como media de los países industrializados se dedica al sector de la manufactura, cuando solamente hace una generación era hasta el 40 por ciento. Pero ese 16 por ciento tiene un índice de productividad infinitamente superior de aquél que poseía el otro 40 por ciento.

Estos son cambios estructurales que no se pueden negar, que suponen la disminución del peso de los trabajadores de cuello azul, de los trabajadores industriales y han aparecido dos elementos importantísimos aquí que son difíciles de caracterizar: por un lado los trabajos basura en el sector servicios, los mac-jobs como se les llama en la jerga sociológica. En el punto antagónico de estos trabajos basura está el tipo de trabajo que compete a esa nueva élite que posee ese conocimiento para la sociedad compleja postmoderna de la nueva sociedad industrial. La importancia del conocimiento experto en manos de

estos trabajadores es decisiva para movilizar todo el sistema productivo.

Aquí tenemos que detenernos para ver traslación desde la sociedad moderna industrial a este modelo que tiene una importancia decisiva para la nueva menesterosidad social. La fuente del conflicto en la sociedad industrial centrada sobre la economía es la famosa contradicción entre capital y trabajo. Pero la contradicción entre capital y trabajo, contrariamente al pensamiento de alguien como Marx, no resultó ser una contradicción antagónica. Es decir había un momento en esta contradicción que predisponía a llegar a algún tipo de compromiso. Fue el compromiso que Ralf Dahrendorf llamaba del modelo socialdemocrático. Es decir, en cierto modo los trabajadores consiguieron que un conjunto de derechos sociales fueran "concedidos" por los ricos de forma que los ricos pudieran mantener sus privilegios relativos.

El consenso socialdemocrático se basaba en la creación de un nuevo pacto social que sella el Estado de Bienestar de posguerra. Pero esa solución fue posible porque los empresarios necesitaban una fuerza laboral relativamente dócil. A su vez los trabajadores necesitaban algún empleador, había una interdependencia mutua que hoy se ha roto. Este es un tema decisivo para entender lo que está ocurriendo en el mundo de la globalización económica. Nos encontramos en una situación en la cual sectores importantísimos de población son absolutamente superfluos. El problema es la marginalización de sectores importantísimos de la población, que no cuentan ni siquiera como consumidores potenciales. Esto ocurre dentro de las sociedades (la famosa sociedad de los dos tercios es la que habitamos), pero ocurre sobre todo entre sociedades. Y es la auténtica contradicción del mundo globalizado, donde prácticamente la mitad de la población es superflua, no la necesitamos para que el sistema pueda seguir funcionando con plena eficacia. El continente africano a nadie le importa un rábano. Sencillamente porque desarrollar el continente africano para que en un futuro pudieran ser consumidores de nuestros productos costaría tanto que verdaderamente nos disuade enteramente de hacerlo.

La contradicción ha cambiado de sentido. La contradicción entre capital y trabajo al final acabó generando un pacto social, pero ahora mismo ese pacto social no necesita ser renovado. El propio capitalismo se ha desarrollado por otras vías que le permiten sobrevivir sin necesidad de atender a estos nuevos menesterosos. Este es un problema que tiene muchísimo que ver con esa transformación interna dentro del capitalismo en la cual el trabajo deviene en un factor más residual. El elemento fundamental es el conocimiento.

Nos encontramos ante fenómenos nuevos que no existían, ante la posibilidad de las nuevas elites económicas de romper el pacto social, que de hecho han roto. Hoy los únicos que no pagan impuestos paradójicamente son los ricos. El pacto social se sostenía sobre la premisa de la redistribución de los ricos a los pobres. Nos encontramos con que quien sostiene los presupuestos públicos son las clases medias, las clases de los asalariados. Los ricos tienen la posibilidad y la capacidad permanente de escaparse, con lo cual estamos viendo que el sector de los privilegiados no siente ya ninguna responsabilidad por la sociedad a la que pertenece. Es lo que Anthony Giddens, uno de los inspiradores de la Tercera Vía, ha llamado la marginalidad en la cúspide, que por supuesto es dramática en los países del tercer mundo desde donde los ricos extraen sus rentas del país al que pertenecen, por ejemplo México. Esas rentas no revierten sobre el país al que pertenecen y se colocan, por ejemplo en Miami. No solamente hay una marginalidad dentro de esos países, sino incluso en el destino de estos países, provocada por esa especie de huída de los ricos de sus propias responsabilidades sociales. Es un tema preocupante.

Hoy la contradicción entre capital y trabajo no es la fuente fundamental del conflicto, que se ha trasladado más al ámbito de lo cultural y de lo identitario. El objetivo de la vida política, sobre todo el objetivo de la izquierda, es intentar conseguir mayores cotas de distribución, por lo tanto una sociedad más igualitaria. Hemos pasado al paradigma del reconocimiento, el paradigma de normas donde la mayoría de los conflictos tienen un origen identitario. Y si nos planteamos en España cuál es el verdade-

ro conflicto diremos enseguida: el conflicto vasco; que es un conflicto identitario. En España nadie diría que el gran problema de la política española es el capital y trabajo. Y si vamos al ámbito internacional esto es esencialmente evidente. Me molesta darle la razón a Huntington, porque no la tiene, en su tesis básica. No deja de ser cierto que la inmensa mayoría de los conflictos del ámbito internacional tienen ese origen de enfrentamiento de raíz no cultural, sí religiosa, identitaria y que percibimos dentro de las sociedades a medida que van deviniendo en sociedades multiculturales. El mayor problema para las sociedades en las que existe una enorme diversidad es precisamente el hecho de la multiculturalidad; cómo acomodar las nuevas diferencias étnicas, las nuevas diferencias identitarias. Este va a ser un problema de futuro porque ya es imparable el proceso de movilidad social.

El multiculturalismo, la nueva ideología que está saliendo de esta nueva sociedad, la tendencia a crear islotes identitarios aislados unos dentro de otros, es lo peor que nos puede acontecer. Alguien ha dicho que multiculturalismo es la ideología del fin de las ideologías y me temo que en eso tiene razón. No se elige una ideología, porque sencillamente una persona se adscribe ya a lo que es, y el ser es un rasgo puramente adscriptivo. Con lo cual, con esto sí que hemos roto drásticamente con ese discurso ilustrado al que antes me refería, que es la necesidad de vincularnos en torno a criterios que se sostienen sobre pautas mínimamente racionales.

Aquí es donde el discurso ilustrado se ha quebrado con más fuerza. Es importante subrayarlo. Se ha quebrado porque antes pensábamos que era posible aspirar a algo así como a una sociedad mundial que estuviera gobernada por principios en los que todos podemos consentir, que todos podemos hacer propios.

Hoy nos encontramos, no con ese universalismo predicado por los padres de la Ilustración, sino ante un particularismo universal, ante la afirmación de la inconmensurabilidad entre los diferentes grupos y sociedades. Me refiero a la idea de que no podemos establecer criterios de comparación homogéneos.

Podemos comparar dos manzanas, pero no podemos comparar una manzana y una pera.

Cada cultura se presenta a sí misma como una especie diferente, por lo tanto las posibilidades de cooperación transnacional se ven entorpecidas como consecuencia de estos problemas multiculturales. Por lo tanto, estamos ante una situación objetiva de orfandad respecto a esos grandes discursos de la Ilustración. No tenemos ninguna teoría que realmente se atreva a explicarnos que es lo que está ocurriendo hoy en el mundo como en su día lo hicieron Max Weber, o el propio Marx, Herbert Spencer y algunos otros de los padres fundadores de la sociedad moderna. Y entonces lo que nos encontramos es un discurso tremendamente fraccionado, que está hecho de trozos de otros discursos, que es muy difícil de enhebrar después con un mínimo de coherencia. Y quien sale perdiendo de esta situación es la izquierda. En una situación en la cual todo vale. No tenemos la posibilidad de acudir a algún tipo de filosofía, a algún tipo de relato, de explicación de la realidad que pueda afirmarse como auténtico, como verdadero. Si toda posición es defendible simplemente porque es una posición, nos enfrentemos dialécticamente a ella. Es donde los discursos de la izquierda tradicional hacen aguas.

El intento de reconstruir otro discurso, desarrollar ese otro discurso de izquierdas más hospitalario con estas nuevas condiciones, también tiene gravísimos inconvenientes desde su inicio. Me refiero al discurso de la Tercera Vía, que ha tratado de hacer un intento de reconciliación quizá excesivamente radical entre los principios de la derecha tradicional y los de la socialdemocracia tradicional.

Creo que el discurso de la Tercera Vía (aunque hay muchas terceras vías: la alemana, la británica de Tony Blair, que fue quien le puso el nombre, la escandinava...) desde cada una de las tradiciones socialdemócratas del continente europeo, ha tratado de buscar soluciones ajustadas a su perfil, a sus características.

Ha habido estrategias distintas pero todas tienen algo en común. El primer elemento que ha predominado es la necesidad de ganar las contiendas electorales por encima de la creación de un tipo de sociedad diferente. Ha ganado el pragmatismo sobre los ideales. Este es un elemento evidente. En todos los procesos electorales para conseguir la victoria se ha tendido a acentuar en exceso las posiciones de liderazgo, perdiéndose de vista algo que era una riqueza propia de todos los países socialdemocráticos, que es la importancia de las bases de los partidos en la construcción de su discurso, en la construcción de su estrategia y en la configuración además de un sistema de elección de líderes donde se valoraran criterios distintos de los criterios puramente de la telegenia del personaje que se elige como líder.

Ha sido el discurso que se ha ido conformando en términos de oferta electoral, no de convicciones, y precisamente por eso es un discurso que nace ya debilitado.

Lo que se propone es hacer una definición de los ideales de izquierda en términos de oferta electoral. Teniendo en cuenta que la inmensa mayoría de los ciudadanos se definen como de centro dentro de las sociedades desarrolladas, se ha tendido a buscar una posición centrista. Es lo que los británicos llamaban el centro radical, el nuevo centro, como decían incluso algunos de los socialdemócratas alemanes. En cierto modo es una forma de arañar los votos necesarios para conseguir esa victoria electoral.

Esa búsqueda del centro se manifestaba también, y creo que de ahí viene el nombre de tercera vía, no en un punto intermedio entre derecha e izquierda, sino en la búsqueda de un punto de intersección de los elementos supuestamente más valiosos del discurso de la derecha y del discurso de la izquierda. Se trataba de ver qué es lo que funciona en el discurso de la derecha y lo que puede seguir funcionando del discurso de la izquierda. Se daba a entender lo que dentro de esta teoría se denominaba la socialdemocracia a la antigua, y que no servía ya para resolver los nuevos problemas sociales. En lugar de intentar rehacer los puntos fuertes de la socialdemocracia a la antigua

lo que se hizo fue buscar un pacto con algunos de los elementos doctrinales propios de la derecha o propios del liberalismo.

Lo que funciona de la derecha es el dinamismo económico, la supuesta liberación de la creatividad, que siempre ha puesto el foco sobre el individuo en lugar de los elementos colectivos, no solamente en relación a sus capacidades sino también a sus derechos.

En el momento en que se dice que estos elementos positivos del liberalismo pueden ser asumidos por la izquierda, necesariamente se tiene que reconocer que no hay ninguna alternativa a la sociedad de mercado, que por lo tanto una economía de mercado competitiva necesariamente tiene que ser también el ideal de organización económica de un partido de izquierdas.

Ya no es posible el keynesianismo. Esto se vincula a un análisis muy sofisticado dentro del mundo de la globalización y por tanto no tenemos más remedio que asimilarlo como lo único posible, al menos en cuanto a lo que se refiere a la organización económica.

La izquierda hace suyo este planteamiento que es tradicionalmente de la derecha neoliberal. Y quiere mantener los valores de justicia social, de solidaridad, que ahora se vinculan también a valores nuevos, a la ética global, o a valores tales como el crecimiento sostenible, etc.

El mensaje dice que la vieja derecha es moralmente inaceptable, pero que la socialdemocracia a la antigua es inelegible, no puede alcanzar el éxito electoral sin un cambio radical de discurso.

Este cambio de discurso ha entrado en temas que tampoco han captado de forma auténtica el interés de la gente, porque ha entrado en temas como la idea de que la globalización no hay que interpretarla como un límite, sino como una oportunidad. La globalización es ambivalente, tiene elementos positivos y elementos negativos pero no podemos quitarla de en medio. Existen una serie de límites ecológicos a nuestra capacidad de

desarrollo económico que hay que tener en cuenta. Se ha introducido también un nuevo discurso sobre los riesgos. Y se da prioridad a temas de educación y formación profesional, capacitación tecnológica, al conocimiento.

Lo que se percibe, y esta es su peculiaridad, es que no afecta a la presentación de problemas en términos de suma cero. No afecta a la presentación de problemas como alternativa, es decir, cuando hay que optar entre A o B. Lo que dicen es que se puede conseguir A y B.

La inmensa mayoría de los valores políticos son reconciliables. Por tanto esta supuesta inconmensurabilidad de la que siempre se hablaba respecto a los valores políticos es la idea de Isaías Berlín, un autor neoliberal bien conocido, que decía una cosa que tenía bastante razón: todos deseamos la libertad y la igualdad, pero lo que no podemos es conseguir el mismo nivel de libertad y de igualdad. Las decisiones políticas son decisiones trágicas porque más libertad genera más desigualdad y más igualdad genera menos libertad.

Por tanto, pretender una reconciliación perfecta de los valores políticos es una imposibilidad lógica. Aquí nos encontramos con un discurso verdaderamente optimista que juega con lo que Ralf Dahrendorf llamaba la cuadratura del círculo: es posible satisfacer a la vez tres fines, el fin de la competitividad de las duras condiciones de la globalización económica, manteniendo la cohesión social propia del Estado de Bienestar, y hacerlo sin alterar para nada nuestro Estado de Derecho. Manteniendo las instituciones de una sociedad libre en la que podamos gozar ampliamente de libertades.

El diseño de las políticas puede favorecer el crecimiento económico y a la vez redistribuir los ingresos: Que haya menos impuestos y a la vez mejores servicios públicos, que no es necesario optar por mejor educación y más selección, o las políticas sociales selectivas y la atención a los necesitados. En cierto modo es posible la eficiencia administrativa y a la vez la renovación de la esfera pública. Es posible un estado activo y eficaz y a la vez una participación plena de la sociedad civil. No hay con-

tradiciones sociales. Podemos aspirar a tenerlo todo. El mensaje es tremendamente optimista pero peligroso a la vez.

El problema de la Tercera Vía es que no ha conseguido las promesas que nos planteaban como efectivamente posibles.

Y si vamos al ámbito de los valores nos encontramos con algo parecido. Es posible luchar a la vez por la libertad y por la equidad, por los derechos y por las responsabilidades, por la compasión social hacia el necesitado y por la promoción de la autoconfianza, por las oportunidades económicas y por la justicia social, por la economía global y por la comunidad local. Una ética pública donde se compartan las posibilidades gobernantes y gobernados. Parece maravilloso lo que estamos diciendo.

A los ciudadanos se les puede engañar durante el proceso electoral, pero lo que nos damos cuenta es que precisamente con el paso del tiempo esas decisiones trágicas que subyacen a toda decisión política acaban mostrando su rostro. En cierto modo es el reflejo de esa necesidad que tenía la sociedad demócrata renovada de transmitir optimismo. Fíjense en algunas de las frases que planteaba Blair: la historia no presenta problemas que no podamos resolver. Todos los problemas se pueden responder, incluso el de el País Vasco, incluso el de Palestina, incluso el de la marginalidad social de la que estábamos hablando. Es decir, no se ve potencialmente ningún problema irresoluble. Y dice otra que tuvo mucho éxito: *We believe in what works* (creemos en lo que funciona). Somos pragmáticos y cuando algo ha demostrado que sirve lo asumimos como propio. Esta es la idea que subyace al liberalismo. El liberalismo se concibe a sí mismo como una ideología resultante de la destilación de un largo proceso de aprendizaje social de las diferentes sociedades, que al final han confluído en ese conjunto de principios basado en esa visión individualista.

Querían incorporar una experimentación inteligente para buscar las auténticas soluciones y para ello se rodearon de intelectuales muy glamurosos como Ulrich Beck, o Giddens. La Tercera Vía es el único discurso de izquierdas que funciona en nuestros días, y que se toma la globalización en serio. Es el único que ha

tratado de trabajar a fondo cuáles son las trampas de la globalización, por lo menos en los sectores intelectuales.

Si hay algo que yo rescataría de este discurso es precisamente esta necesidad de repensar drásticamente el estado, y la forma a través de la cual tenemos que reinterpretar y recolocar las formas de actuación de las diferentes comunidades locales, regionales, estatales, supranacionales al modo europeo, internacionales, etc. Es lo que se llama gobernanza global, pero también gobernanza interna, a través de la cual hay que buscar un nuevo contrato social a través de empresas públicas y privadas. Entre iniciativas públicas y privadas. Ahí si tocaron los puntos que necesariamente tenemos que tocar en esta nueva sociedad.

Ese discurso dió mucha importancia a eso que hoy parece que es la panacea, el capital social. Primó también la necesidad de constatar que existe algo así como una energía que une las sociedades y que se manifiesta sobre todo en la confianza que existe de las personas entre sí, de las organizaciones entre sí y de la propia sociedad civil con sus propias instituciones públicas. Es decir, allí donde está presente esta confianza, estas sociedades funcionan. Esta demostrado empíricamente. Toda sociedad que tiene un índice alto de capital social es una sociedad más eficaz y justa. No es necesariamente más equitativa, pero es una sociedad donde esa confianza se puede ir allí montando a través de nuevas iniciativas públicas, porque esa vinculación entre lo público y lo privado tiene continuamente todo un conjunto de puentes tendidos entre una y otra orilla.

Por tanto la modernización del estado como programa y en particular la modernización del estado de bienestar me parece algo absolutamente fundamental. Si la izquierda fracasa en su proyecto de estado social, su recuperación va a ser verdaderamente difícil.

La crítica más fuerte que se ha hecho al estado de bienestar es que las instituciones del estado social a menudo han sido burocráticas, ineficientes, han respondido a inercias, y han generado elementos negativos sobre el clientelismo de las políticas del

estado de bienestar. Se trata de intercambiar beneficios sociales por la lealtad de las masas entre las que hay un mercado cautivo de votantes, que se conseguía gracias a la distribución de todo el conjunto de prebendas sociales a esos sectores. Por tanto, incluso la propia derecha se ha abstenido de reformar el estado de bienestar porque seguía manteniendo este clientelismo asociado.

Bajo esas nuevas condiciones es difícil que pervivan las instituciones básicas del estado de bienestar sin una reforma interna importantísima, que no tiene por qué ser la reforma emprendida por Tony Blair. Saben que tiene problemas porque ha fracasado en su reforma de la sanidad y de los transportes públicos estrepitosamente, a pesar de una increíble inversión pública. Aún cuando muchos le tildan frívolamente como un autor de derechas, los dos últimos presupuestos han sido los dos presupuestos más redistributivos que ha tenido ningún gobierno británico desde la Segunda Guerra Mundial.

Hay un claro impulso de izquierda en la forma en la que se organizó el presupuesto, otra cosa es que la sociedad no haya sabido digerirlo. No ha sido eficaz en estos problemas públicos hacia los cuales la gente es verdaderamente sensible.

Surge la necesidad de buscar un nuevo tratamiento de la pobreza, es decir tratar de disolver las famosas trampas de la pobreza. Se propone un análisis muy profundo de cuáles son las causas estructurales de la nueva pobreza y la nueva marginalidad. El resultado de estos estudios fue sorprendente, porque demostró que hay países que tienen un índice de pobreza alto pero que no son siempre los mismos. Las personas más jóvenes en términos de ingresos son los estudiantes. Pero estos son pobres durante un periodo muy limitado de su vida, mientras son estudiantes. Lo mismo ocurre entre sectores sociales, hay sectores sociales que caen de repente en la pobreza, pero lo importante no es ver que sean pobres, sino si tienen capacidad de salida y cuánto dura el lugar en el que están ubicados como pobres.

La reformulación de todo ese estudio es tratar de saber cómo puede combatirse la pobreza estructural, aquellas formas de pobreza en las cuales las personas una vez que caen ya no pueden salir. Estamos ante un enfoque nuevo que puede dar todavía resultados importantes.

El énfasis en la educación, eso que se llama empleabilidad, es decir esa idea de que en cierto modo lo importante no es el seguro de desempleo sino la inversión en el reciclaje del desempleado. Ese cambio de enfoque sí es importante.

Hay un cambio de enfoque que se manifiesta también en el énfasis sobre la igualdad de oportunidades y sus garantías a través de políticas de promoción de los auténticamente necesitados. Estos términos me recuerdan el discurso de Ronald Reagan y Bush sobre el republicanismo compasivo: queremos su solidaridad, no su compasión. Es la visión social de un discurso más de derechas.

El énfasis sobre la igualdad de oportunidades frente al énfasis sobre la igualdad de resultados como horizonte utópico se ha traducido sobre todo en programas de inclusión social, en la necesidad de que hay sectores de que de repente, por la razón que sea, están marginados. Y hay que volver a incorporarlos de nuevo en el mundo social. Aquí es donde en cierto modo debe intervenir el Estado. No está para hacer grandes prestaciones sociales, para generar clientela, está para crear las condiciones en las que cada ciudadano pueda salir por sí mismo de su propia situación de menesterosidad. Los alemanes llamaban a esto el estado activador. Lo que se está planteando es un nuevo concepto de oferta. Aquí entramos en la trampa fundamental de la Tercera Vía, que creo que es el tema básico y fundamental de estas nuevas teorías. Es el hecho de dar por supuesto un último diagnóstico respecto a nuestro mundo social como un mundo individualizado. La individualización sería una de las pautas más características del mundo en el que vivimos. Por tanto, en una sociedad individualizada se rompe la idea del universalismo de las prestaciones sociales, que no deben ser otorgadas a los ciudadanos en términos universales. Es el modelo escandinavo de seguridad social. Se trata de responsabilizar al

individuo para que por sí mismo pueda resolver sus problemas. Y aquellos que por si mismos no pueden, recibirán la ayuda del Estado. Por lo tanto, no hay una prestación universal de determinadas necesidades que se entienden colectivas, sino la búsqueda de un conjunto de instituciones cuya función es permitir que cada individuo pueda resolver por sí mismo la mayoría de los problemas que tienen que ver con su propia necesidad o necesidades básicas.

Nos encontramos ante una gran desconfianza sobre las posibilidades del Estado para imponer cuotas de justicia social y ante un nuevo paradigma que es muy próximo al del liberalismo, según el cual cada individuo debe resolver por sí mismo los problemas que le afectan en cuanto a sus necesidades básicas.

Y solo en el caso de que algunos individuos por las circunstancias que sea no lo consiguen, entonces sí estaría esa red del estado de bienestar dirigida a protegerlo.

Las propuestas de esta socialdemocracia reformada, tercera vía, o terceras vías o como queramos, al final han acabado ofreciendo una clara aceptación de lo existente como lo único posible, de reformas puntuales, que en muchos casos están sin completar. Está por ver si en el futuro algunas de ellas acaban cuajando efectivamente en políticas sociales más eficaces. Por lo tanto, formulo la pregunta con la que comenzamos ¿Cómo es posible salvaguardar hoy los valores clásicos de la tradición socialista como pueden ser la solidaridad, la justicia y la igualdad? Sigue sin respuesta.

La pregunta es si puede sobrevivir la izquierda como puro *ethos*, simplemente como un puro vínculo moral, como un problema de conciencia. Se trata de analizar si hay algo así como una identidad de izquierda, o si esta identidad de izquierda está comenzando a erosionarse. Y así hemos visto como las instituciones tradicionales que servían para emprender las grandes reformas sociales que se concretan en el estado nacional hoy no se encuentran en condiciones de hacerlo. Me niego hablar de la globalización porque es un tema que acaba cansando, pero ésta existe como un elemento que lo que hace es distor-

sionar de forma grave no sólo al estado nación, sino a nuestro propio sistema democrático.

Lo que está claro es que en el nuevo contexto social en el que vivimos, ideologías como la del liberalismo democrático que se apoya en el estado nación, en el socialismo basado en la idea de trabajo, se ve privado recientemente de significado real. Y tenemos que reinterpretarlo conociendo nuestra propia visión de la política. Al cabo de tres años, mi libro titulado optimistamente "El futuro de la política", he visto que es una ironía. Decía que queremos construir una visión de la política a partir de ideologías fraccionadas y coherentes, cruzadas, hechas de retazos de antiguas visiones del mundo y de préstamos de otras nuevas.

Reflexionando sobre esta misma idea, pienso que es el punto en el que estamos en este momento. Estamos conviviendo con ideologías que nacen de un contexto social radicalmente distinto al que nosotros vivimos, pero a la vez estamos influenciados por nuevas percepciones, por importantes transformaciones que no podemos ignorar, por el abandono progresivo de las políticas de emancipación.

Un nuevo problema para la izquierda es que ha perdido de vista el horizonte de que es posible buscar la emancipación respecto de todos elementos que interfieren en que el individuo pueda construirse su propio destino, sin el que no hay libertad. Hay que retornar a ese principio de la herencia ilustrada sin el cual yo creo que la izquierda carece absolutamente de futuro. El abandono de la política emancipatoria ha dado lugar a un nuevo tipo de estrategias, de tácticas de autolimitación. Si no tenemos alternativas de economía mercado lo que hacemos es cerrarnos sobre nosotros mismos, no tenemos respuesta a muchas cosas. Por lo tanto hay que introducir una forma de pensamiento tímido.

El problema hoy es intentar volver al paradigma de redistribución. Me parece peligroso que la fuente del conflicto siga siendo este paradigma de reconocimiento, que la única ideología que goce de esa ley sea el multiculturalismo, (la ideología del

fin de las ideologías) y que los dos grandes desafíos que tenemos ante nuestros ojos sean en primer lugar la creciente confusión entre intereses económicos y políticos. Todo ese conjunto de pasarelas entre el mundo político y el mundo económico hacen que llegue un momento en el que no sabemos qué pertenece a la política. Y por tanto surge una visión pública, donde se comienzan a teñir las decisiones políticas de garantías exclusivamente de intereses económicos.

Otro tema es el hecho de que el sistema capitalista goza de una amplia autonomía respecto de todo tipo de control político, y de esta forma no pueden evitarse las consecuencias no deseadas de la aplicación de este sistema. Les diría que el auténtico problema que tenemos es la desafección de la democracia, el retorno a lo privado, la pérdida de la dimensión pública, esa confusión que hay entre lo público y lo privado, que conecta lo que ha efectuado con mucha justicia la nueva dirección del Partido Socialista y que es la famosa dimensión republicana. Es decir, una sociedad sin valores cívicos es una sociedad muerta políticamente. Lo que hay que reivindicar es la política y una vez que la política haya sido reivindicada después será posible, estoy convencido aunque no se cómo, pero será posible hacer que esa política sea justa y solidaria. Muchas Gracias.



Fernando Vallespín Oña
Catedrático de Ciencia Política de la Universidad
Autónoma de Madrid

Fernando Vallespín es Catedrático de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid, universidad en la que ha ejercido casi toda su carrera académica, y donde ha ocupado cargos como el de Vicerrector de Cultura o la Dirección del Depto. de Ciencia Política.

*Es también director del Centro de Teoría Política de dicha universidad. Ha sido profesor visitante en las universidades de Harvard, Frankfurt y Heidelberg, y entre sus obras principales figuran los libros *Nuevas teorías del Contrato Social*, la edición de *Historia de la Teoría Política* en 6 volúmenes y, recientemente, *El futuro de la política*.*

Ha publicado también cerca de un centenar de artículos académicos y capítulos de libros de Ciencia y Teoría política en revistas españolas y extranjeras, con especial predilección por la teoría política contemporánea. Forma parte, asimismo, de diversos consejos editoriales en revistas españolas y extranjeras.

*Colabora habitualmente en el diario *El País*.*

